

Primero me cortaría la cabeza que perder semejante ocasión. Tanto peor para los que se opongan. Cuando la obligan á una, es capaz de todo.

—¿Es decir que serías capaz hasta de asesinar á alguien con tal de casar á nuestra hija?

—Sí, señor, dijo con furia, irguiéndose.

Después se sonrió. El tío tuvo que apaciguarlos. ¿A qué fin acalorarse? Mejor era entenderse. M. Josserand, abatido y cansado, consintió en hablar del asunto con monsieur Duveyrier, de quien dependía el éxito de la empresa, según su esposa. Bachelard ofreció á su cuñado, para que encontrase al consejero de buen humor, llevarle á una casa en la que no sabría negar nada.

—De cualquier modo, lo que haré será verle y nada más, dijo Josserand, resistiéndose; lo que es yo no me comprometo á nada.

—Naturalmente, añadió Bachelard; mi hermana no le pide á V. que falte en lo más mínimo á las leyes de la honradez.

Berta volvió. Había visto unas cajas de dulces confitados, y despues de las más afectuosas demostraciones, procuró que su tío la regalase una. Pero no era posible, estaban contadas y debían partir aquella misma noche para San Petersburgo. Poco á poco fué

conduciéndolos hasta la calle, mientras que su hermana, al ver la actividad que reinaba en aquellos almacenes llenos de mercancías, lamentaba que hiciera fortuna un hombre sin principios, al paso que acudía á su memoria el recuerdo de la estéril honradez de su marido.

—Pues nada, dijo Bachelard en la puerta, estrechando la mano de su cuñado, mañana á las nueve de la noche nos veremos en el café de Mulhouse.

Octavio y Troublot, que habían comido juntos, antes de ir á casa de Clarisa, la querida de M. Duveyrier, fueron precisamente al café de Mulhouse para hacer tiempo, por más que la tal dama vivía en la calle de la Cerisaie, como quien dice en el infierno. Al entrar, á cosa de las ocho, oyeron voces de gente, que al parecer reñía en una sala apartada, y acercándose descubrieron á Bachelard, ya calamocano, con las mejillas encendidas, riendo con un caballero de cara avinagrada y pequeña estatura.

—Le digo á V. que ha escupido en mi vaso, gritaba con voz de trueno. Estoy resuelto á no sufrirlo más.

—Déjeme V. en paz, ¿lo oye V.? sino le doy un bofetón, contestaba su diminuto contrincante, poniéndose de puntillas.

Entonces Bachelard alzó el diapasón, colocándose en actitud provocativa.

—Vamos á ver si se atreve V. á dármele, dijo.

Y el otro le sacudió un golpe en la cabeza, apabullándole el sombrero, que rodó por el suelo, mientras que con gran energía murmuraba Bachelard.

—Atrévase V. si es capaz, atrévase V.

Después recogió el sombrero, y volviendo á sentarse con aire de triunfo:

—¡Mozo! gritó, cambie V. mi vaso.

Octavio y Troublot, que presenciaron la escena, vieron á Guenlin sentado á la misma mesa de su tío, y muy arrellanado en la banquetta, fumando, con la más tranquila indiferencia. Al interrogarle sobre la causa de la riña:

—Yo no sé, respondió mirando el humo que despedía su cigarro. Por cualquier cosa arma camorra. Es un valiente que gusta de que le zurren. Jamás retrocede ante un bofetón.

Bachelard tendió la mano á los recién llegados, manifestando que adoraba á la juventud. Cuando supo que se disponían á ir á casa de Clarisa se alegró en extremo, y les dijo que él también pensaba pasar allí la noche con Guenlin, pero que tenía que espe-

rar á su cuñado Josserand que debía acompañarlos. El viejo hablaba á gritos, y mandó llenar la mesa de todo cuanto había en el café para obsequiar á sus amigos ostentando esa prodigalidad de los hombres que sólo son generosos cuando se trata de gozar. Expansivo, con los dientes muy nuevos y la nariz inflamada, bajo su blanca y rapada cabellera, tuteaba á los mozos, se permitía bromas con ellos y se hacía tan insoportable á todos, que el dueño del establecimiento tuvo que acercarse á él dos veces para anunciarle que si no se moderaba se vería obligado á ponerle de patitas en la calle. El día anterior le habían echado por lo mismo del café de Madrid.

Una mujer de esas que venden el placer entró en la sala donde se hallaban los cuatro personajes, y después de dar una vuelta se fué. Octavio habló de las mujeres. Bachelard escupió y manchó á Troublot, sin que se tomara el trabajo de excusarse. Las mujeres le habían costado mucho dinero, y se vanagloriaba de haberse regalado las más bellas de París. Los hombres de su clase no economizaban respecto de aquel capítulo. Al mismo tiempo servía aquello para demostrar que los negocios iban viento en popa. Pero ya estaba harto de aquella vida y aspi-

raba á ser amado. Al oír Octavio á aquel viejo verde que tiraba los billetes de Banco á los piés de sus queridas, no podía menos de recordar al tío que se fingía borracho para librarse de soltar los cuartos en beneficio de su familia.

—No se las eche V. de plancheta tío, dijo Guenlin, lo que sobra en el mundo son mujeres.

—Si eso es así, tonto de capirote, exclamó Bachelard, ¿por qué tú no consigues tener una siquiera?

Guenlin hizo un gesto de desprecio.

—Ayer mismo sin ir más lejos, dijo el joven, comí con un amigo y su querida. Apenas nos sentamos, comenzó ella á hacerme señas con el pié por debajo de la mesa. Me parece que aquello significaba algo, ¿eh? Pues bien, cuando me suplicó que la acompañase á su casa, escurri el bulto, y estoy corriendo todavía. No dudo que un momento habría sido agradable nuestra entrevista, pero ¿y después, querido tío? Un compromiso continuo, una serie de gastos... No, no soy tonto como todo eso.

Troublot aprobaba su teoría con la cabeza, porque él también había renunciado á las mujeres de sociedad temeroso de las consecuencias. Guenlin saliendo de su apatía,

continuó poniendo ejemplos. Un día iba solo en un vagón con una morena de primer orden, y se le durmió sobre un hombro. La ocasión era propicia, pero la desechó pensando lo que podría pasarle al llegar á la estación. Otra vez encontró en su cama al volver á su casa á la mujer de un vecino, que por lo visto se había equivocado de cuarto. Aquella tentación era demasiado fuerte, y la hubiera aprovechado si no hubiera tenido por cierto que al fin y al postre le habría pedido la bella que la comprase unas botinas.

—Lo que es ocasiones, querido tío, hay pocos que las tengan como yo, añadió; pero me contengo, y muchos hacen lo que yo por miedo á las consecuencias. Sin eso, el amor sería una cosa de las más agradables. ¡Buenos días! ¡buenas noches! y andando. A cada instante se verían escenas por el estilo en cada calle.

Bachelard no le escuchaba. Estaba como soñoliento, ya no hacía ruido y sus ojos se humedecían.

—Si sois buenos, dijo de pronto, os enseñaré algo que os ha de gustar.

Y después de pagar el gasto salió con ellos del café. Octavio le recordó la cita de Joserand; pero no importaba, después volverían á buscarle. Antes de partir Bachelard

miró en torno suyo, y al convencerse de que no le observaban, cogió un terrón de azúcar que se había dejado un parroquiano en una mesa inmediata á la suya.

— Venid conmigo, dijo, no está lejos el sitio donde voy á llevaros.

Andaba grave, con recogimiento, sin decir una palabra. En la calle de Saintellarch, se detuvo delante de una puerta. Los tres jóvenes iban á subir, cuando dominado por una idea:

— No, dijo; vámonos, he cambiado de parecer.

Los jóvenes se enfadaron. ¿Por ventura quería burlarse de ellos?

— Pues bien, Guenlin no subirá, ni usted tampoco M. Troublot. No son ustedes bastante juiciosos, nada les infunde respeto, y lo echarian á broma. Sólo V. vendrá conmigo M. Octavio, V. es un joven formal.

Le hizo subir delante, mientras los otros dos riendo le gritaban desde la puerta que dieran muchas expresiones á aquellas señoras. Al llegar al piso cuarto llamó Bachelard, y salió á abrir una vieja.

— ¡Cómo! exclamó. ¡Tanto de bueno, M. Narciso! Fifi no le esperaba á V. esta noche.

Aquella mujer gorda, de rostro blanco y

abultado como el de una monja boba se sonrió, guiándolos á un comedor reducido en donde una joven alta, rubia, bonita, de aspecto cándido, se ocupaba en bordar una sábanilla de altar.

— Buenas noches tío, dijo ella levantándose para ofrecer su frente á los gruesos y temblorosos labios de Bachelard.

Cuando éste la presentó á Octavio, joven distinguido y uno de sus mejores amigos, las dos mujeres le hicieron una reverencia, y todos se sentaron en torno de una mesa que alumbraba un quinqué de petróleo. Reinaba en aquella habitación esa tranquilidad que suele hallarse en las casas de las provincias. Allí se deslizaban dos existencias arregladas, perdidas en medio del bullicio de Paris, viviendo poco menos que de nada. Como la habitación daba á un patio, ni siquiera se oía el ruido de los coches que pasaban por la calle.

Mientras que Bachelard preguntaba paternalmente á la jovencita acerca de sus ocupaciones y sentimientos desde el día anterior, la tía, Mlle. Menu, se puso á contar á Octavio de buenas á primeras su historia, con la sencillez de una buena mujer que no se cree obligada á ocultar ningún detalle.

— Pues si señor, le dijo, yo soy de Vil-

leneuve, cerca de Lila, y bien que me conocen en casa de los señores Mardienne hermanos, calle de Saint-Sulpice, donde he sido bordadora durante treinta años. Después me dejó una prima una casa en el pueblo, y tuve la suerte de que me la comprasen dándome en renta vitalicia mil francos al año. Creían los que me la tomaron que yo me iba á morir en seguidita... ¡qué si quieres! Dios los ha castigado por abrigar tan mala idea, y la prueba es que vivo á pesar de mis setenta y cinco años.

—Al decir esto se reía, mostrando unos dientes blancos y pequeños.

—Por entonces, añadió, ya no podía yo trabajar... mis ojos no querían ser buenos, y en esta situación me cayó como llovida del cielo mi sobrina Fanny que está presente. Su padre el capitán Menu, murió sin dejarla un solo céntimo... la pobrecita no tenía más pariente que yo, y sacándola del colegio la enseñé á bordar. No es un oficio bueno que digamos, pero qué se le ha de hacer, cuando hay que trabajar, lo mismo da por arriba que por abajo. A las mujeres les toca siempre lo más delgado. Pero afortunadamente la niña ha hallado á M. Narciso, y ya puedo morirme tranquila.

Al terminar, con las manos cruzadas so-

bre el abdomen, en su inacción de antigua obrera resuelta á no volver á coger una aguja, dirigió una tierna mirada á Bachelard y á Fifi. Precisamente en aquel instante decía el viejo á la niña.

—¿De verdad? ¿Ha pensado V. en mí? ¿Y qué ha pensado V.?

Fifi le miró sin dejar de bordar:

—¿Qué había de pensar, dijo, si no que es V. un buen amigo y que le quiero mucho?

Hasta entonces no había mirado á Octavio, como si el joven fuera para ella cosa indiferente. Él sin embargo, se mostraba muy amable con ella, sorprendido y hasta conmovido de su gracia y no sabiendo qué pensar, mientras que la tía envejecida en un celibato y una castidad que no la habían costado el menor sacrificio, continuaba diciéndole al joven en voz baja:

—¿Hubiera podido casarla, no es verdad? Pero un obrero la habría dado palizas de vez en cuando, y con un empleado se habría llenado de familia... Mejor es que ella se porte bien con M. Narciso que me parece un hombre honrado.

Y alzando la voz, continuó:

—Lo que es si la niña no le da á V. gusto M. Narciso, no será por culpa mía. Todo el santo día me lo paso diciéndole, sé agrade-

cida, haz su santísima voluntad, y no es extraño, porque me satisface saber que ya la pobre tiene quien se preocupe de su porvenir. ¡Francamente, cuesta tanto trabajo cooocar á una joven cuando se carece de relaciones!

Octavio se abandonó á la venturosa honradez que parecía respirarse en aquel hogar. Sólo la aguja de Fifi hacía un casi imperceptible ruido acompasado, como el tic tac de un reloj destinado á regularizar los amores del tío. La vieja era por otra parte la misma probidad, vivía de sus mil francos de renta, sin tocar para nada al dinero de Fifi que lo gastaba á su antojo. Sus escrúpulos cedían únicamente ante el vinillo blanco y las castañas con que su sobrina la obsequiaba alguna que otra vez, cuando vaciaba la alcancía donde encerraba las monedas de cuatro sueldos que le daba su buen amigo.

—Tortolita mía, dijo al fin Bachelard disponiéndose á partir; tenemos que hacer.

El viejo besó su frente, y después de contemplarla con emoción dijo á Octavio:

—Puede V. también darla un beso... ¡es una criatura!

El joven posó sus labios sobre su fresco cutis, y sin abandonar su aire de modestia

se sonrió la joven. En fin, todo aquello pasaba como en familia; jamás había visto Octavio personas más juiciosas. El tío que estaba ya en la puerta, volvió gritando:

—Me olvidaba de un regalito que te traigo.

Y dió á Fifi el terrón de azúcar que poco antes había escamoteado en el café. La joven expresó una viva gratitud, mordiendo el terrón y poniéndose colorada de gusto. Animándose, dijo:

—¿No tiene V. alguna monedita de veinte céntimos?

Bachelard se registró los bolsillos inútilmente, pero Octavio la ofreció una que la joven aceptó como recuerdo. No salía á despedirlos, sin duda por decoro, y continuó bordando mientras la vieja los acompañó hasta la puerta haciendo gala de su pegajosa amabilidad.

—¿Eh? ¿qué tal? dijo Bachelard deteniéndose en la escalera, ¿no es digno de ser visto este cuadro? Pues á pesar de todo no me cuesta al mes arriba de ochenta francos. Ya estaba harto de culebronas que me devoraban, necesitaba un corazón.

Octavio se rió y desconfiando un tanto:

—Le supongo á V., añadió, bastante honrado para no abusar de mi confianza. Deme

usted su palabra de honor de no decir una palabra á Guenlin. Espero á que sea digno de tratarla para presentarle en esta casa... ¡Es un ángel, querido, un ángel! Digan lo que quieran, la virtud refresca el alma... Yo siempre he sido entusiasta de lo ideal.

Su voz de viejo borracho temblaba, y las lágrimas hinchaban sus pesados párpados. En la calle, Troublot se bromeó aparentando que tomaba nota del número de la casa, mientras que Guenlin preguntaba á Octavio qué le había parecido la niña. Siempre que se enternece el tío, llevaba á sus amigos á visitar á aquellas mujeres impulsado por el deseo vanidoso de mostrar su tesoro y con el temor de que se lo robasen; pero al día siguiente se olvidaba de su debilidad y volvía á la calle de Saint-March con aire misterioso.

—Todo el mundo sabe quien es Fifi, dijo Guenlin tranquilamente.

Bachelard buscaba un coche cuando Octavio exclamó:

—¿Y M. Josserand que estará en el café?

Ya nadie se acordaba de él, mientras que el infeliz fastidiado porque perdía una noche se impacientaba en la puerta, sin atreverse á entrar porque jamás tomaba nada fuera de su casa. Al fin se encamina-

ron todos á la calle de la Cerisaie, pero fue necesario tomar dos coches: en uno se empaquetaron el comisionista y el cajero, y en el otro los tres jóvenes.

Guenlin habló en primer lugar de la Compañía de Seguros donde estaba empleado. Troublot aseguró que allá se iban los Seguros y la Bolsa como causas de aburrimiento. Después recayó la conversación en Duveyrier. ¿No era una lástima que un hombre como él, rico, de posición, se dejase arrastrar de aquel modo por las hijas de Eva? Siempre había tenido líos en los barrios excéntricos; señoras que vivían solas en modestos cuartos echándose las de viudas, costureras ó tenderas con talleres ó tiendas sin parroquia; jóvenes arrancadas de la prostitución, guardadas y encerradas con cien llaves en casas á las que iba una vez por semana con la puntualidad que un empleado á su oficina. Tales eran las queridas del magistrado. Troublot, sin embargo, le excusaba: en primer lugar, la culpa era de su temperamento, y después con una mujer como la suya no era extraño. Según decían, Clotilde le había tomado asco desde la primera noche al ver las manchas rojas que cubrían su cuerpo como su cara. Por esta razón le consentía que tuviera queridas, cuyas com-